

La desesperada impaciencia -Shirley Rickford Martínez-

I *Un chico*

*Viernes, 20 de febrero de 2009,
Chapter Street, Londres*

Vaya par de iluminados tengo al cargo de la columna de cine que dirijo. Ninguno de ellos asistió al estreno del miércoles y ahora me toca a mí hacer la crítica de *Gran Torino*; tarde, muy tarde. Bah, ya no importa. Ahora disfrutaré de la película y punto. En otro orden de cosas. A una se le ocurre pensar en cualquier tontería mientras está aburrída de esperar en la cola del cine, como preguntarse quién será el chico que está delante mía. Viste todo de negro; su pelo, del mismo color que su ropa, lo tiene recogido con coleta alta y su barba descuidada le da un aspecto de motero que, en realidad, no pega nada con él. Pues sus ojos delatan un miedo y una tristeza muy arraigadas. Está solo y no deja de ver hacia un lado y al otro; parece nervioso o triste, no estoy segura. No es tan feo como para estar solo, tal vez le sobren un par de kilos, pero no le sientan nada mal. ¿Realmente estará solo? Me parece guapo de un modo muy especial, pero nunca me fijaría de ese modo en un chico de... ¿dieciocho años, tal vez? Ya tengo treinta recién cumplidos, y la época de los adolescentes ya pasó hace tiempo. Llega su turno. «Una entrada para *Gran Torino*. Arriba en el centro, por favor», dice. La taquillera pone una cara extraña y yo me adelanto.

—Que sean dos entradas arriba en el centro —digo. Se sonroja y simula una tos para que no le vea—. Yo invito a las entradas y tú a las palomitas, tal y como habíamos acordado, ¿recuerdas?

El chico asiente. Se le ve tan débil que hasta llego a sentirme una acosadora. Mierda, tal vez se piense que soy una buscona. ¿Y le busco? ¿Qué busco en realidad? No, vamos a disfrutar del maestro Eastwood y ya está. Nos alejamos de las taquillas.

—Shirley. Shirley Rickford —me presento tendiéndola mi mano y mi sonrisa.

—Arthur —el chico me da la mano durante un ínfimo instante. Está hecho un flan, pobre. Soy una extraña que tiene más morro que cabeza—. ¿Por...? ¿Cómo? —frunce el ceño y agita la cabeza sin saber muy bien cómo preguntarme.

—Tranquilo, no soy una violadora ni nada parecido —diciendo esto todavía parezco más una buscona—. Mira, no sé, me apetecía conocerte. Si tuviese algún motivo en concreto te lo diría, pero no tengo ninguno. Joder, parece que conocer gente se ha vuelto más difícil con el paso del tiempo.

—Sí, tienes razón. Por cierto. Me llamo Arthur.

—Ya me lo has dicho —sonríe y él intenta camuflar su risa y sus mejillas sonrosadas entre la tos.

—Lo siento, estoy un poco nervioso. Nunca se había fijado en mí una chica.

No me creo que nadie se haya fijado en él, pero si llega a pensar eso es porque su vida amorosa ha sido de todo menos buena. Pero con dieciocho años cuántos dicen eso en vez de: «nunca he follado con una». Tal vez sea que nos acabamos de conocer y nadie dice eso de entrada, pero aún así... Bah, a lo mejor es un psicópata frío y calculador. Dios, definitivamente debería dejar de ver películas de Scorsese.

—Nunca intentes ligar dando lástima —le digo mientras busco en mi bolso mi libreta de apuntes.

—Nunca intentes ligar —Arthur se viene arriba y parece ganar confianza, como si estuviese más seguro de eso que de que hay días lluviosos en Londres—. Cuando uno liga, miente. Es como el marketing llevado al extremo más asqueroso. Creas una necesidad y por ahí te cuelas en la mente de la persona. Es horrible,

*La desesperada
impaciencia
-Shirley Rickford
Martínez-*

*I
Un chico*

*Viernes, 20 de febrero de
2009,
Chapter Street, Londres*

Vaya par de
iluminados tengo al cargo
de la columna de cine que
dirijo. Ninguno de ellos
asistió al estreno del
miércoles y ahora me toca

a mí hacer la crítica de *Gran Torino*; tarde, muy tarde. Bah, ya no importa. Ahora disfrutaré de la película y punto. En otro orden de cosas. A una se le ocurre pensar en cualquier tontería mientras está aburrida de esperar en la cola del cine, como preguntarse quién

será el chico que está
delante mía. Viste todo de
negro; su pelo, del mismo
color que su ropa, lo tiene
recogido con coleta alta y
su barba descuidada le da
un aspecto de motero que,
en realidad, no pega nada
con él. Pues sus ojos
delatan un miedo y una
tristeza muy arraigadas.

Está solo y no deja de ver hacia un lado y al otro; parece nervioso o triste, no estoy segura. No es tan feo como para estar solo, tal vez le sobren un par de kilos, pero no le sientan nada mal. ¿Realmente estará solo? Me parece guapo de un modo muy especial, pero nunca me

fijaría de ese modo en un chico de... ¿dieciocho años, tal vez? Ya tengo treinta recién cumplidos, y la época de los adolescentes ya pasó hace tiempo. Llega su turno. «Una entrada para Gran Torino. Arriba en el centro, por favor», dice. La taquillera pone una

cara extraña y yo me adelanto.

—Que sean dos entradas arriba en el centro —digo. Se sonroja y simula una tos para que no le vea—. Yo invito a las entradas y tú a las palomitas, tal y como habíamos acordado, ¿recuerdas?

El chico asiente. Se le ve tan débil que hasta llego a sentirme una acosadora. Mierda, tal vez se piense que soy una buscona. ¿Y le busco? ¿Qué busco en realidad? No, vamos a disfrutar del maestro Eastwood y ya está. Nos alejamos de las taquillas.

—Shirley. Shirley Rickford —me presento tendiéndola mi mano y mi sonrisa.

—Arthur —el chico me da la mano durante un ínfimo instante. Está hecho un flan, pobre. Soy una extraña que tiene más morro que cabeza—.
¿Por...? ¿Cómo? —frunce

el ceño y agita la cabeza sin saber muy bien cómo preguntarme.

—Tranquilo, no soy una violadora ni nada parecido —diciendo esto todavía parezco más una buscona—. Mira, no sé, me apetecía conocerte. Si tuviese algún motivo en concreto te lo diría, pero

no tengo ninguno. Joder, parece que conocer gente se ha vuelto más difícil con el paso del tiempo.

—Sí, tienes razón.

Por cierto. Me llamo Arthur.

—Ya me lo has dicho —sonríó y él intenta camuflar su risa y sus mejillas sonrosadas entre

la tos.

—Lo siento, estoy un poco nervioso. Nunca se había fijado en mí una chica.

No me creo que nadie se haya fijado en él, pero si llega a pensar eso es porque su vida amorosa ha sido de todo menos buena. Pero con dieciocho

años cuántos dicen eso en vez de: «nunca he follado con una». Tal vez sea que nos acabamos de conocer y nadie dice eso de entrada, pero aún así... Bah, a lo mejor es un psicópata frío y calculador. Dios, definitivamente debería dejar de ver películas de

Scorsese.

—Nunca intentes ligar dando lástima —le digo mientras busco en mi bolso mi libreta de apuntes.

—Nunca intento ligar —Arthur se viene arriba y parece ganar confianza, como si estuviese más seguro de

eso que de que hay días
lluviosos en Londres—.
Cuando uno liga, miente.
Es como el marketing
llevado al extremo más
asqueroso. Creas una
necesidad y por ahí te
cuelas en la mente de la
persona. Es horrible,
asqueroso, mezquino.

—Entonces, ¿cómo

piensas conocer a chicas?

—No lo sé —Arthur viniéndose abajo—, pero no quiero ligar.

Le veo con sorpresa al darme cuenta de que me he fijado en él gracias a su mirada triste. Prefiero a una persona triste que a un falso alegre, porque en el fondo todos estamos

tristes y solos, así que me gustan éstos pocos que tienen el valor de reconocerlo y, aún así, tener una sonrisa que compartir.

—¿Por qué estás triste? —le pregunto como si nos conociéramos desde hace diez años y no cinco minutos.

Arthur se encoge de
hombros.

—Supongo que de
tanto Bukowski —dice
finalmente.

—¿Estudiante de
literatura?

—Algo así. Leo
mucho por mi cuenta.

—Pues menos
Bukowski y más el Mark

Twain en sus inicios.

—Te quiero —hizo una pausa tan larga que creo que mi corazón también se detuvo.

Carraspeó y continuó—: Te quiero decir si quieres palomitas dulces o saladas. Quedamos en que invitaba.

—No hace falta. Fue

sólo una broma.

No me hizo caso y se marchó al puesto de palomitas. Me pregunto cuántos años nos llevaremos. Al cabo de dos minutos regresa con dos boles pequeños de palomitas y bebida.

—Te he pedido Coca-Cola. ¿No sé si te

gusta?

—Me lo podrías haber preguntado si no te largases a todo leche — dije, con cierta sorna.

—Lo siento.

Le paso el brazo por encima de los hombros.

—Bobo —le sonrío —, claro que me gusta.

De nuevo se sonroja.

Me vuelvo a preguntar
cuántos chicos habrá
como él en los tiempos
que corren. En nuestro
camino hacia la sala cinco
no saco el brazo de sus
hombros; se está bien
cuando necesitas dar
cariño y el receptor
necesita que lo quieran.
Entramos en la sala, nos

sentamos y
permanecemos en
silencio. No sé qué
decirle, la verdad. Me
gustaría darle un beso y
decirle que en el futuro
todo irá bien, que
encontrará a una chica que
en vez de decir «te
quiero», diga «te amo».
Estoy convencida de ello.

Pero no puedo darle un beso. Arranco una hoja de mis notas y le escribo: «Todo irá bien.

Encontrarás a esa chica que tanto buscas, no te preocupes. Estoy convencida de ello». Le dejo la nota sobre la rodilla y él la recoge con cierta timidez. La lee, la

vuelve a leer, y sus ojos se vuelven un poco más vidriosos tras cada lectura. No me dice nada, pero sus labios se arquean hacia arriba y me recuerdan a la figura de un arco antiguo. Si me pongo a pensarlo fríamente, no sé cómo he hecho lo que he hecho.

—¿Cuántos años

tienes? —pregunto con cierto nerviosismo.

—Dieciocho, tranquila.

Se apagan las luces y comienzan los trailers.

—Yo tengo veinticinco —le miento.

—Ah, pues pensé que tendrías unos veinticuatro como mucho.

—Eres adorable —
me dejo caer en el sillón
del cine. Le muestro mi
mejor sonrisa y le repito
—: Eres adorable. En
realidad tengo treinta años
—bajo el tono de voz al
percatarme que un señor
de tupido bigote y
chaqueta roja me observa
con desdén.

—Pues estás muy
bue —cambia
rápidamente el tono de
voz y carraspea—... Eres
muy guapa. Te quiero —
dice entre dientes.

Hago como que no lo
he escuchado y procuro
no mantener contacto
visual. Mi parte
inconsciente grita que le

bese, pero la razón me obliga a taparme los oídos y dejar que crea que necesito ir al otorrinolaringólogo. Tal vez si él tuviese cinco años más, me creería que fuese una persona madura. Pero... No, no puedo estar con alguien que sea un crío.

—Gracias —le digo al cabo de un rato—. Por cierto. Me gusta ver las películas en silencio. Lo siento es una manía, una afición; llámalo como quieras.

—Ah, vale. No te preocupes. A mí también me gusta verlas en silencio.

Me doy cuenta de que he dibujado su nombre en una esquina de la libretita. Creo que se me está pegando «el síndrome del adolescente enamorado». Arthur y Shirley, no suena mal y, siendo sincera, hasta me gusta. ¿¡Pero qué estupideces digo!?

Empieza la película y
Arthur se pone a comer
palomitas.